



VISTA DE LLORNA.

EL CASTILLO DE CABRA.

(1340.)

I.

Apenas doraba el sol con sus últimos rayos las pardas almenas del castillo de Cabra, cuando D. Juan Ponce su propietario salió de la habitación en que acostumbraba á estar, y se dirigió pensativo á la torre de Oeste. Ya iba á meter la llave en la cerradura de una de sus puertas, cuando un hombre en traje de camino y lleno de polvo se acercó á él apresuradamente. — ¿Viste al gran maestro de Alcántara? preguntó Ponce. — Sí señor. Díjome que dentro de dos horas debíais ir á ver á quien vos sabeis, y que esta noche fuese yo á su castillo para acompañarle hasta aquí; quiere hablaros en secreto. — Está bien, Rui Perez: retirate. — Entró en seguida el caballero en la torre. Sentada en un sillal estaba una hermosa jóven pobremente vestida: su aire es sombrío; su mirar tétrico, y el disgusto y la languidez se ven pintados en su rostro; algunas lágrimas que se deslizan por sus mejillas van á deshacerse en su agitado pecho. Al entrar el de Ponce en la habitación se levanta la jóven llena de terror. — Cielos!... sois vos? — El mismo, Elisa: sosegaos... sabeis cuán puro es mi amor; dadme alguna esperanza... — Jamás: ya os he dicho que no puedo amaros; vuestra audacia me irrita, vuestra presencia me es odiosa. — Insensata!... me desprecias. — No os desprecio; pero no os amo.

En vano pretende el caballero oír una palabra de esperanza: sus súplicas, sus amenazas, nada puede hacer variar de resolución á la hermosa jóven. Oyese entonces un reloj, y el propietario del castillo de Cabra sale de la habitación diciendo: «malditos sean el rey de Marruecos y el maestro de Alcántara».

II.

Es de noche; negras y agrupadas nubes impiden ver el astro nocturno... no se oye el mas pequeño ruido, excepto el grito del funeral mochuelo. Elisa, asomada á la ventana de la torre, recorre con ojos impacientes la oscuridad que la rodea. — Nada se oye... ¡Ah!... acaso se hayan frustrado sus planes; en el papel que atado á una piedra me arrojó, decia que esta noche tuviese abierta la ventana, que él conseguiría escalar mi prision... sin embargo, tarda mucho... Me parece que oigo pasos en el foso... sí, él es!... Oh dicha!... ya ha doblado la escarpa... ya va trepando por las piedras con la espada en la boca... el estado ruinoso de esta parte de la muralla le favorece... Fernando!

— Elisa mía, dijo el jóven saltando por la ventana; al fin te vuelvo á ver!

— Sí; pero en qué estado!... sola, triste, desesperada; después de aquella noche fatal en que hospedamos en nuestra casa á D. Juan Ponce y á sus criados, perdidos en el bosque de vuelta de caza; después de aquella funesta noche en que el monstruo pagó con el rapto la hospitalidad que le dimos, no he tenido un momento de tranquilidad; mis

8 DE OCTUBRE DE 1854.

lágrimas han corrido por mis mejillas pálidas y marchitas... tu memoria me desgarraba el corazón... porque, Fernando, te amo tanto!... Oh! sin tí no puedo vivir!

—Tú me eres tan precisa como el aliento que respiro... Elisa adorada, manantial de delicias y placeres!... Qué no haría yo por librarte de tu opresor?... Pensé esconder mi queja al justiciero rey Alfonso... seguramente no dejaría impune tal crimen; pero me he contenido al pensar que Ponce lo sabría y te trasladaría á otro sitio mas seguro adonde acaso no podría verte. Pero voy á leer estos papeles... he tenido un encuentro...

Dios mío!... no había observado que tu mano está ensangrentada... ¿Qué te ha sucedido?... habla.

—Cuando llegaba cerca del castillo, divisé dos hombres que caminaban despacio hablando en secreto: me acerqué á un árbol que estaba próximo á ellos, y no pude entender sobre qué versaba su conversacion... uno de ellos me vió, y advirtiéndoselo á su compañero, ambos sacaron las espadas y cayeron sobre mí con el mayor furor... La lucha era desigual; pero tu memoria me dió valor y fuerzas, y á pocos golpes cayó uno á mis pies y el otro huyó por la espesura. Entonces me llegó al que mordía el polvo; pero la oscuridad me impide conocerle... le registro, y encuentro estos papeles... En el calor de la pelea no eché de ver que la punta de una espada había arañado ligeramente mi mano; pero si entendí claramente que el uno gritaba: «Es preciso que muera, Rui; ha oído la conversacion y estamos perdidos... Díselo á tu amo si sales con vida.»

—Santo Dios!... ¿Qué hubiera sido de mí si cayeras á los golpes de tus asesinos?

El joven se puso á leer los papeles á la luz de una lámpara que pendía del techo, y Elisa seguía con la vista sus movimientos.

—¿Qué hallazgo!... exclamó Fernando.

—¿Qué es eso?... estás trémulo!... Oh!... no sé qué pensar.

—Elisa, dame tus brazos... ahora mismo voy... si, no debo perder momento. Diciendo esto ya estaba sobre la ventana el animoso joven.

—Pero Fernando!...

—Adiós, alma mía! aun podemos ser felices si el cielo me protege!...

III.

—¿Eso es exacto?

—No lo dudeis; los papeles os convencerán mejor que mis palabras... él os ha usurpado vuestro castillo de Cabra, y á mí me ha robado la prenda que mas quiero: ambos podemos quedar vengados. En esta ocasion no puede contar con el valimiento del gran maestro de Alcántara.

—Oh!... en sabiendo Alfonso la inteligencia que tienen con los moros el maestro de Alcántara y don Juan Ponce, castigará la traicion, vos recobrareis vuestra amada, y yo mi feudo.

—El que os desgraciaba con el rey, que era el maestro, ya no puede hacer daño; estos papeles firmados de su puño son su causa y su sentencia.

—Voy á hablar á Alfonso; no salgais de aqui hasta que vuelva: adiós, Fernando.

—Guarde el cielo al gran maestro de Calatrava.

IV.

—¿Con que un solo hombre os hizo huir?

—Aquel no era hombre; era un demonio: yo quedé tendido en tierra atontado de un golpe que me descargó en la cabeza, felizmente de plano; á no ser así, estoy á estas horas con mis abuelos. Entonces debí quitarme los papeles.

—Estamos perdidos, maestro!

—Lo sé, Ponce. ¿Y qué hacemos?... Pasarnos al moro?...

—Si podemos, es nuestro único recurso. Lo que siento, pesa mi alma, es que por acudir á vuestra cita no pude sacar partido de una joven que tengo encerrada aqui, y que ya se iba dando á partido... quería nada menos que atravesarme el corazón con mi daga.

En esta conversacion oyeron ruido de caballos en el patio del castillo: apeáronse multitud de ginetes, á cuyo frente venian el gran maestro de Calatrava y Fernando. Al entrar la comparsa en el salon, exclamó Ponce:

—Maestro, ¿qué es esto?... ¿Qué venís á hacer aqui?...

—Tomar en nombre del rey Alfonso posesion de este mi castillo.

—Será posible!...

—Y yo, interrumpió Fernando, á rescatar una joven que pretendiais seducir.

—Maldicion!... gritó el de Alcántara.

—A las armas! dijo el de Ponce.

—Es inútil toda resistencia: hé aqui la orden firmada de Alfonso... nadie se mueva si no quiere morir. Vos, maestro de Alcántara, dadme vuestra espada; quedais preso. Seguidme.

—Dos dias despues fueron degollados públicamente el gran maestro de Alcántara y D. Juan Ponce por traido es al rey.

Dos dias despues el rey Alfonso hizo esrudero suyo á Fernando, que recibió ante el altar la mano de la bella Elisa.

ESPERANZA.

NOVELA ORIGINAL

POR PABLO GAMBARA.

(Continuacion.)

—Yo te lo explicaré todo, dijo Catalina, cargando la pronunciacion en la sílaba *te*, que adivinaba lo dolorosa que debía de ser para Enriqueta. Tu esposa ha venido, prosiguió, á ofrecermelo dinero porque me separase de ti.

—¡Infame! exclamó D. Pedro fulminando á su esposa una mirada terrible.

—Esto me ha hecho conocer la infamia del estado en que he caído por tu amor; ha quitado la venda de mis ojos, y me he avergonzado de mí misma. ¡Que despreciable debo de ser cuando hasta la que olvida sus deberes de esposa, y hace de su marido la fábula de la ciudad, tiene derecho á despreciarme!

—Señora, dijo D. Pedro, es preciso que esto termine alguna vez, y terminará. Lo juro. De hoy en adelante respetaré Vd. como á mí mismo á todas las personas que yo quiera, que no valen menos que Vd. porque sean menos hipócritas.

—Yo tambien he sido insultada, exclamó Enriqueta, y no esperaba, por cierto, que mi reputacion fuera menos apreciable á mi marido que la de otra mujer cualquiera.

—Reputacion!... Buena es aquella que se perderia si se viese del todo.

—Tú sabes si he sido culpable.

—Yo sé una fábula que me contaste, y que solamente podia engañar á un necio; pero aun cuando fueras la mujer mas pura, deberias de respetar á quien yo amo.

—¡Respetar á una mujer perdida!

—Sí.

—Jamás!

—Yo te digo que será, y será.

—Siempre creí que un esposo era un protector, y no un tirano.

—Cuando una esposa es humilde y honrada. Respetarás á Catalina, porque yo lo mando; y como la has insultado injustamente, para que ella se satisfaga, y tú aprendas para otra vez, la pedirás perdon de rodillas.

Esta proposicion era tan estravagante, que Enriqueta solo respondió:—¡Estas loco!

—No, no estoy loco, exclamó D. Pedro; pero quiero ser obedecido, y lo seré. La pedirás perdon.

—Jamás!

D. Pedro la sacudió violentamente del brazo, y ella lanzó un gemido. Julian no pudo esperar mas: derribó á D. Pedro con tanta facilidad como pudiera hacerlo con un niño, y oprimiendo su pecho con su rodilla, levantó sobre él un puñal.—¡Oh! le dijo, has hecho llorar á Enriqueta, y vas á pagar cada una de sus lágrimas con sangre de tu infame corazón.

Debí de leer en sus ojos D. Pedro su sentencia de muerte, mejor aun que en sus palabras, porque no hizo una súplica ni lanzó siquiera un gemido. El espanto le había helado hasta la médula de los huesos. Ya iba Julian á herirle, cuando Enriqueta lanzando un grito de angustia, le detuvo la mano y exclamó: No le mateis, no le mateis!

—Te ha hecho llorar! le respondió con el puñal siempre alzado.

—Y su muerte me hará llorar aun mas.

—Es un infame!

—Yo le amo.

Al oír esto, bajó Julian el puñal y se levantó con el corazón destrozado. Enriqueta amaba á aquel hombre, harapo del vicio, cobarde y grosero, que nunca la había correspondido; mientras Julian, que la amaba, que la adoraba como á su dios, no la merecía sino amistad.

—Levántese Vd., dijo á D. Pedro, y aprecie á su esposa á quien debe la vida.

D. Pedro se levantó, y salió del salon.

—Vd. lo ha querido, dijo entonces á Enriqueta; pero acaso hubiera sido lo mejor que no hubiera vuelto á levantarse.

—¡Oh! no, no, exclamó ella palideciendo de nuevo á la idea de la muerte de su esposo; matarle sería matarme. Y en fin, su culpa es menor de lo que aparece; porque no es suya, sino de su pasion; y la

fuerza de las pasiones solo pueden comprenderla los que la han sentido.

No tuvo fuerzas Julian para responderla, porque estas palabras habian abierto de nuevo las heridas de su corazon. Sintió correr por sus mejillas una lágrima, que Enriqueta no vió, absorta en sus propios dolores; é iba á salir, cuando me sentí cogido por la espalda por dos criados que D. Pedro habia llamado en cuanto se vió libre.

—Atadle bien, decía D. Pedro, atadle bien, y conducidle á la cárcel. Ha querido asesinar-me.

—¡Infame! exclamó Julian pugnando por defenderse; pero sus esfuerzos fueron inútiles, pues los criados le habian cogido estando descuidado, ligando sus manos antes de que pudiera hacer un movimiento.

—Estoy en tu poder, dijo volviéndose á D. Pedro al salir de la habitación; pero te juro por mi alma, que si un día me hallo en libertad y sé que no has respetado á tu esposa como á un ángel, tomaré una venganza terrible.

Se sonrió desdeñosamente, y volviéndose á Enriqueta comenzó de nuevo la conversacion cortada tan bruscamente. Aun no habia andado algunos pasos Julian, cuando oyó llorar á Enriqueta. La violencia volvía á comenzar, y esta vez su puñal no podría interponerse entre la víctima y el verdugo.

D. Martin terminó así su relacion; pero Eugenio, que se sentía curiosamente interesado, le preguntó:

—¿Y qué pasó después?

—Después... dijo D. Martin; pero una voz de mujer le interrumpió diciendo á su espalda:—Después Julian siguió preso; Enriqueta vive aislada como una monja, y Vargas es con Matilde el escándalo de Lisboa. ¿No es verdad, D. Martin?

Eugenio y D. Martin se volvieron sorprendidos, y vieron detrás de ellos á Matilde que habia oído su conversacion.

VII.

Estaba llorosa; pero sus lágrimas no eran las de la debilidad, sino las de la fuerza rebelde bajo la misma planta que la oprime, que no renuncia jamás á la esperanza de la victoria, y que mientras quebranta su cuerpo en inútiles esfuerzos para levantarse, medita y saborea los placeres de su futura venganza. Aquella mujer, á pesar de su tez blanca como el jazmín, delicadamente sonrosada en las mejillas, á pesar de sus ojos azules que levantaba al cielo, y en los cuales brillaba una luz tan pura como la del primer rayo de la aurora, á pesar de sus rubios cabellos y de sus lágrimas y gemidos, era una mujer imponente. Sus formas eran dignas de una matrona romana ó de una reina. En su frente ancha, sin surcos y algo inclinada, hubiera podido leerse toda una existencia borrascosa y acaso criminal. Su nariz un poco achatada y sus labios algo descoloridos, semejantes á rosas ajadas, acusaban su vida de orgía y su abandono á la voluptuosidad; y por último, la redondez de sus pómulos, ligeramente indicada, la finura de la nariz en su estremidad, y la prominencia de su barba, eran signos inequívocos de la fuerza de su ira, de su firmeza y su valor. Mujer creada por el infierno, tenía en su alma todas las pasiones, y en su rostro estremadamente móvil una máscara conveniente á todos los papeles. Su magnética mirada tenía algo del mágico poder que el vulgo atribuye á la de la serpiente: era por sí sola una fuerza incontestable. Os descubría un cielo de voluptuosidades cuando os miraba amorosa, y os hería el corazon cuando os miraba irritada. Lo mismo que su mirada tenía todos los sentimientos: su voz imitaba todos los sonidos; ya era un arrullo mas tierno que el de las palomas campesinas, ya el alido de una fiera que se siente herida por el dardo de un cazador. Cuando una pasión vibraba su alma, creo que aun cuando hubiera pronunciado solo palabras inconexas que no produjeran sentido alguno, con solo el sonido de su voz hubiera conmovido y alcanzado su objeto.

Eugenio se quedó sorprendido; pero D. Martin al verla se levantó, y la hizo un respetuoso saludo, clavándola una mirada irónica, y diéndola sonriendo con desden:

—A los pies de Vd., Matildita.

—Prosiga Vd., dijo esta con voz un poco enronquecida por la cólera; que mi presencia no sirva de obstáculo á su ingenio para desplegarse; prosiga Vd. destrozando mi reputacion como un juguete, como una flor que se deshoja por entretenimiento. ¿No cree Vd. que debe de estar orgulloso de sus palabras? ¿Se ríe Vd.?... Hace Vd. bien, porque mi cólera es impotente; pero si tuviera Vd. un átomo de honor en el corazon, no sostendría mis miradas con esa calma. Aun cuando no hubieran salido de los labios de Vd. sino palabras de verdad; aun cuando yo fuera una mujer perdida, porque la pasión combatiendo mi alma con mas fuerza que las de los otros seres me hubiera arrastrado como un genio infernal al abismo de la infamia, ¿seria justo, seria noble decir lo que Vd. ha dicho á una persona que no me conoce? ¿Quién ha dado á Vd. mi reputacion por juguete? ¿Es quizá porque vos una mujer débil, y sabe Vd. que no tengo á mi disposicion un

brazo armado con una espada? ¡Digna accion de un caballero, insultar á una mujer indefensa!

—Señora, dijo con calma Martin, que la escuchaba sonriendo irónicamente, todo lo que Vd. dice es verdad; pero ¿quién puede contener su lengua cuando la impulsa el demonio de la maledicencia? Sabe Vd. que no me precio de galán; que considero la vida como un gran combate en el que quien da mas golpes cumple mejor con su deber, y que no creo en la debilidad de las mujeres hermosas cuando tienen el corazon de mármol, pues cada una de ellas tiene á su disposicion los brazos de cien hombres valientes, bastante locos para morir en su defensa; pero á pesar de eso soy lo bastante cínico para insultar á una virtud tan reconocida como la de Vd., lo bastante cruel para quitar la venda de los ojos á un jóven, y evitar que caiga en sus redes, y hasta para calumniar á Vd. si se la pudiera calumniar.

Si Martin hubiera sido á propósito para dejarse fascinar por una mirada, de seguro que los relámpagos de fuego que destellaban los ojos de Matilde le hubieran aterrado, porque jamás los ojos de un tigre hambriento que ha oído la sangre destellaron un fulgor mas terrible; pero Martin con la sonrisa en los labios soportaba su ira complaciéndose en ella al parecer.

—Si, dijo Matilde, prosiga Vd., que puede hacerlo sin temor, porque sabe muy bien que nadie me defenderá; pero si se supieran los motivos que le mueven á obrar, un juez imparcial encontraria cual de los dos era el culpable, cual de nuestras almas era la mas vil.

—Señora, respondió Martin, yo no defenderé la nobleza de mi alma, porque hace mucho tiempo que he aprendido que las palabras nobleza, honor, grandeza de alma, etc., etc., son palabras vanas ó que encubren sentimientos vergonzosos. El mundo las emplea como los términos de cortesía con que encabeza ceremoniosamente sus cartas, y que nada significan. En cuanto á los motivos que me han impulsado á hablar, no tengo otro que mi mal corazon, que yo sepa.

—O que quiera Vd. decir por lo menos; porque no creo posible que exista en un hombre tal maldad de corazon que le obligue á destrozarse así la honra de una mujer que nada le ha hecho. Ha querido Vd. dar á entender que hablaba para librar de mis redes á este jóven; ¿pero cuándo se las he tendido? Diga él mismo si alguna vez le he dirigido una palabra ó una mirada que dé motivo á tal recelo. Además de que no es de ahora el odio que Vd. me profesa; hace tiempo que la calumnia murmura en torno mio como el buitre que se cierne en círculos cada vez mas pequeños en torno de su presa, sin que yo haya podido conocer su origen hasta este momento.

—¿La calumnia?

—Si; porque en todo lo que Vd. ha dicho no hay una palabra de verdad; no hay mas que una coleccion de circunstancias triviales de que Vd. se ha valido para levantar sobre ellas una novela, y Vd. lo sabe mejor que nadie. Ahora la calumnia ha rodado, la han visto á cierta luz, y mi justificacion seria imposible aun cuando Vd. la intentara.

—Pierda Vd. cuidado.

—¿Quién sabe? dijo en voz baja Matilde, lanzando al mismo tiempo una mirada de fuego á Martin que la sostuvo sin pestañear. En seguida prosiguió: Mi destino está sellado, y mi deshonor decretado por Vd. se ha cumplido. Me ha impuesto Vd. la pena con que me amenazó el día en que desprecié sus deshonorosas proposiciones, y estoy deshonorada por haber conservado mi honor.

—Ni Matilde diez representaria como Vd., murmuró Martin, haciendo por aparecer sereno, aunque mordiéndose los labios, algo desconcertado por esta vulgar pero oportuna salida de Matilde.

—Si, dijo esta, Vd. ha sido bastante audaz para ofrecerme su amor, y bastante infame para calumniarme por no haberle aceptado. Mi defensa seria ya inútil, porque no puedo defenderme ante todo el mundo, mas dispuesto á creer lo malo que lo bueno; pero lo haré por lo menos ante una persona para que publique mi inocencia, y los hombres honrados desmientan á Vd. Caballero, dijo volviéndose á Eugenio, está Vd. en el principio de la vida y no conoce apenas mas que las apariencias: si quiere Vd. tomar una leccion provechosa, venga Vd. á mi cuarto á las diez, que estaré sola. En cuanto á Vd., D. Martin, recuerde que me ha ofendido, porque mi venganza no puede tardar mucho tiempo.

Dichas estas palabras, se alejó rápidamente, pero con la majestad de una reina.

—¡Qué mujer! dijo D. Martin.

—¿Será inocente ó culpable? murmuró Eugenio, siguiendo en alta voz el monólogo mental que habia empezado desde la mitad de la conversacion, y que giraba sobre esta frase.

—¿Ya duda Vd.? dijo D. Martin; vaya Vd. á su cuarto á las diez, y hará de Vd. su esposo.

—Es decir...

—Que ir á su cuarto es meterse en la boca del lobo.

—Pero...

—Pero debe Vd. de ir hoy, porque así acaso le perdonará; y si no irá Vd. mañana cuando ya no habrá perdón.

D. Martín se alejó, y Eugenio se dijo á sí mismo: Ciertamente, ir á su cuarto es el único modo de salir de dudas.

VIII.

En seguida subió á su cuarto, y sobre la mesa halló una carta. La abrió, y vió que era de su amigo Lallana que contestaba desde Madrid á otra que él le había escrito á su llegada á Lisboa. El último párrafo decía así: He procurado ver á la joven de quien me pides noticias; pero aun no he podido conseguirlo, pues ha entrado beata ó monja, no lo sé de cierto, pues no entiendo una palabra de esas cosas. He oído decir que la toca y el hábito la sientan muy bien.»

—Cómo, exclamó Eugenio, Esperanza monja!... Pero ¿qué tiene de extraño? añadió con cierta amargura después de un momento de reflexión. Su carácter era tan místico como el de una abadesa de 80 años. En cuanto á mi amor... ¿Quién pide constancia á una mujer? ¡Locura!

Y apretó la carta entre las manos, arrojándola después al suelo hecha pedazos y dirigiéndose al cuarto de Matilde.

Una linda joven vestida con sencillez y coquetería le abrió la puerta, y dirigiéndole una sonrisa capaz de enloquecer á un santo, le dijo:

—Caballero, tenga Vd. la bondad de esperar un momento, que ahora saldrá la señora.

É introduciéndole en un gabinete se marchó á avisar su venida.

Una lámpara velada por un globo de opaco cristal derramaba melancólica luz en aquella habitación resplandeciente con el lujo de la morada de un genio de las mil y una noches. Sus tibios rayos prestaban cierta vaguedad, cierto colorido fantástico á los dorados de los sillones de terciopelo rojo, á las tablas de mármol blanco de las mesas de oro, y se perdían misteriosamente en la sombra tras los cortinajes de púrpura y nieve recogidos en pabellones á los lados de los balcones y las puertas. Las lindas mujeres medio desnudas que sonreían graciosamente en los cuadros como si ensayasen ante los espejos venecianos sus posturas voluptuosas en que desplegaban todos los encantos del placer, desde la alegría viva y tormentosa del deseo hasta la languidez del dulce cansancio, parecían revivir á aquella luz, palpitando de amor, y se esperaba oír suspirar á sus labios una canción de las que rara vez resuenan en la lira de los poetas, pero que los amantes oyen revolotear en su corazón, excitando con el borde de sus alas vaporosas todas sus fibras sensibles, en aquellos momentos en que estrechan en sus brazos al objeto amado, y sus labios callan porque no hay lenguaje humano ni divino que pueda expresar sus sentimientos. La alfombra de fondo oscuro, bordada de flores, absorbía el ruido de los pasos, como si ella también quisiera ayudar al misterio que es el mayor encanto de los placeres, ó burlar la vigilancia de los importunos. La atmósfera caliente y húmeda estaba á la par impregnada en los aromas que derramaba un grande y lujoso ramo de flores colocado en un vaso de cristal azul esmaltado de oro, que descansaba sobre un exágono velador de caoba delicadamente colocado y embutido de diversas maderas olorosas. En este ramo resplandecían preciosas flores de diversos tiempos, como si todas las estaciones y todos los climas se hubieran apresurado á ofrecer sus riquezas á la hermosa hada de aquel maravilloso palacio. Inclínase en él la régia camelia como una reina enamorada. La azucena de hojas de nácar ofrecía su tesoro de dorados granos, como una virgen que suspira por el primer amor; la rosa entreabierta, el tulipán, los jazmines, el poético pensamiento, y la triste pasionaria, las flores que deben su vida á la naturaleza, y las hijas del arte y el capricho, hablaban en aquel ramo un lenguaje mudo comprensible para todo corazón apasionado. Sobre un rico escritorio de concha, fileteado de oro y cuyas puertecillas enriquecían dos ramos de mosaico tan delicadamente trabajados que parecían hechos con pincel, un pequeño reloj de sobremesa olvidado allí en medio del desorden majestuoso y estudiado de toda la habitación, hacía sonar rápidamente los segundos, y corría su manecilla de oro por la esfera de china esmaltada de flores. Sobre él se veía una pequeña imagen del Dios vendado, que sonriendo y con el dedo sobre los labios encomendaba el silencio y aconsejaba gozar del placer sin tregua, cogiendo las rosas de la vida cuando están frescas y perfumadas, y no dejándolas marchitarse inútilmente en el ramo.

Pocas personas hubieran penetrado en esta habitación sin sentirse vivamente impresionadas por su opulencia; pero la impresión que produjo sobre Eugenio fué mayor, fué semejante á la que experimentamos al penetrar en un templo católico colgado de terciopelo, y en el cual las luces brillan á través de la vaporosa atmósfera impregnada de incienso, cuando henchido de gente yace sin embargo en un silencio religioso. Eugenio hasta entonces no había conocido apenas el lujo; antes bien encarcelado por la miseria en su pequeño cuarto donde dormía quizá en el duro suelo, mientras el aire helado que pasaba por los tejados vecinos cubiertos con una sábana de nieve penetraba por las ren-

dijas de las viejas ventanas y por entre sus rotos vidrios. Y la impresión que la vista de aquella estancia le producía, debía de obrar necesariamente sobre su imaginación en favor del ídolo á quien estaba consagrado aquel templo. Eugenio se sentía allí inferior á Matilde, y estaba por lo mismo muy dispuesto á creer sus palabras. ¡Tanta es la fuerza de las formas para los hombres!

La puerta se abrió, y se presentó Matilde.

Su traje no podía ser mas sencillo.

Componíase solamente de una bata de raso blanco cubierta de grandes flores, sujeta por un cinturón abrochado con una hebilla de pedrería que hacía resaltar su talle, y que abriéndose hacía la mitad del seno dejaba ver una camiseta bordada que parecía transparentar sus carnes. Pendía de su cuello torneado, blanco y lleno, que era una de sus mayores bellezas, una pequeña cruz de diamantes sujeta por un cordón. Su cabello dividido en bandós á ambos lados de la cabeza, no tenía ni una flor ni una joya, y solo por debajo de él se veían relucir á ambos lados los pendientes de oro, pequeños y de un gusto esquisito, cuyo rojo esmalte resaltaba sobre la tez de jazmín de sus mejillas.

IX.

—La confesión que voy á hacer á Vd., dijo Matilde sentándose al lado de Eugenio, es de aquellas que difícilmente hace una mujer mas que á su confesor. En otro tiempo ningún tormento me hubiera obligado á hacerla, porque la creía deshonrosa para mí; pero ahora la calumnia me ha infamado de tal suerte, que la confesión de mis desgracias me enaltece. Apenas puedo juzgar á Vd. mas que de oídas; pero creo que trato con una persona de honor que sepultará en el olvido lo que va á oír, y que solo se acordará después de que si soy culpable de alguna falta, ciertamente no lo soy de las que me acusan. Por lo demás, Vd. juzgará mi causa, y decidirá si soy realmente infame ó solo desgraciada. Todas las mujeres de mi edad y de mi clase que no son necias ni feas, llevan oculto dentro del corazón como en un sepulcro un secreto que es la clave para comprender su existencia entera, y del cual dimanan, aun ignorándolo ellas muchas veces, lo que el mundo llama cómodamente caprichos; pero pocas serán las que se ruboricen menos que yo de este recuerdo ante el tribunal de su propia conciencia. Oiga Vd. la parte de mi vida que es indispensable conocer para la inteligencia de sucesos posteriores.

—Yo soy hija de un rico comerciante de Cádiz, cuya fortuna parecía asegurarme un porvenir brillante en los primeros años de mi vida, pero que á consecuencia de la fuga de un cajero que pasó al extranjero llevándose sus capitales, quebró, é impulsado por la vergüenza y la desesperación, se quitó la vida. Los restos de la fortuna de mi padre sirvieron para pagar á los acreedores; y mi madre, enferma á causa de tantos disgustos, y yo que apenas tendría entonces quince años, quedamos sumidas en la mas espantosa miseria. Dejamos á Cádiz, donde nuestro estado se nos hacía mas insoportable á causa de la grandeza en que se nos había conocido, y pasamos á Madrid, esperando que entre tantos amigos como nos habíamos hecho con nuestras liberalidades, alguno nos tendería una mano para salir del piélago de penas en que nos arrojó la desgracia. Ordenamos un sistema de economía como de personas acomodadas á quien la mayor parte de lo superfluo parece necesario, y con el corazón henchido de confianza salimos á hacer visitas.

Fué la primera á un comerciante muy rico, dependiente en otro tiempo de la casa de mi padre, y con pretensiones entonces á mi mano. Toda la alegría de que un hombre es capaz se pintó en su rostro cuando nos vió en su casa: nos hizo sentar; nos obligó á almorzar con él y su familia, y nos repitió todos los ofrecimientos que había hecho en mil cartas anteriores; pero cuando vislumbró nuestra miseria, frunció el ceño, se reclinó en un sofá, y se puso á silbar una romanza. Conocimos que era inútil pedirle auxilio, y nos despedimos con el corazón oprimido y las lágrimas en los ojos. Esperar compasión de la plutocracia habría sido locura.

—Groserías de gentes sin educación, dijo mi madre queriendo conservar una esperanza. Vamos á casa de D. Estéban, que es diputado y tiene otros sentimientos.

—Vamos á casa de D. Estéban, dije yo dejando escapar un suspiro. Este no se puso á cantar; pero abreviando la visita, nos despidió con un ministerial *veremos*, y oímos al salir la orden que daba al criado, apenas cerró la puerta, para que no volviera á dejarnos entrar.

—Vamos á casa de Doña Clara, que es mujer al fin, y tendrá mejor corazón, dijo mi madre.

—Vamos á casa de Doña Clara, dije yo lanzando otro suspiro, y ojalá que no nos suceda con ella lo que con estas dos amistades.

—No lo creas: Doña Clara es muy sensible. Lloro cuando se la habla de una desgracia por pequeña que sea, y predica contra la comida de carne, porque es preciso para ella matar á los animales.

Y ambas nos dirigimos á casa de la que esperábamos que fuera nuestra protectora.

Era esta una señora de temperamento pituitoso, y que lloraba con tanta mas facilidad, cuanto que el derramar lágrimas era necesidad de su temperamento. Por esta causa tenia dias y horas en que estaba mas propensa á la compasion. En uno de estos periodos estaba cuando nos recibió. Lloró mucho nuestras desgracias; pero no pudimos arrancarle una palabra de consuelo, pues bajo pretexto de que la hacia padecer mucho aquella conversacion, y que, si se prolongaba, estaba espuesta á morirse de pesadumbre, nos hizo callar, y nos despedimos gimiendo.

Cuando faltas de fuerzas y cargadas de desengaños, cruzamos el portal, un mozo de mulas, que en el patio estaba, comenzó á cantar con desentonada voz: una copla popular que dice:

Tendrás muchos amigos
en la fortuna;
pero quedarás solo
si ella se muda.

—Parece que estos versos se hicieron para nosotras, dije, segun convienen á nuestros pesares.

—No á todos hemos de medir por un mismo rasero, replicó mi madre: si tres nos han olvidado, otros habrá que nos oigan, que, gracias á Dios, aun no hemos apurado todos nuestros conocimientos. Vamos á otra parte.

Y fuimos, y á otras después, y en ninguna encontramos corazones que se doliesen de nuestras penas. Donde mas lográbamos era donde nos despedían con palabras afectuosas, y aun estas las regateaban de tal modo, que parecia que les costaban caras.

¡Cuánto dolor y cuánta vergüenza llevamos á nuestra humilde habitacion!

Mi madre no podia hablar de despecho. Arrojóse en la cama, y empezó á llorar, mientras yo, sentada á su lado, la contemplaba en silencio, temiendo á cada instante que estallase mi corazon, como un vaso que se ha llenado de fuego... Entonces era yo creyente y pura, y me consolé levantando al cielo los ojos y orando con fervor. Cuando la tierra nos abandona, es muy dulce poder refugiarnos en los cielos. Dichosas las almas que tienen fé, porque ella sola es la guia que conduce á esta mansion.

Desesperada de hallar auxilio en los demás, traté de buscarle en mí misma, y comencé á coser para las tiendas; pero trabajando dia y noche, apenas podia sostener á mi madre que, como ya he dicho, estaba enferma. Solo salia de casa para ir á misa y para entregar la costura de la semana, y la falta de recreo, unida al mal alimento y á las frecuentes noches de vela; minaban visiblemente mi salud. ¿Qué sería de nosotras si un dia no pudiese trabajar?

¡Oh! si algunos dias de dolor he pasado en mi vida, han sido aquellos. Ver hundirse en el abismo á la que mas se ama, á su propia madre, verla rodar entre las rocas, desgarrarse las carnes, alzar los brazos demandando compasion, y no poder tenderle una mano!... Cada dolor suyo os hiere mas fuerte que á ella, porque la hiere, y es mas doloroso ver padecer que padecer uno mismo; pasais dias de fiebre en que no teneis mas que un pensamiento, noches eternas en que si lograis dormir solo teneis un sueño, la desesperacion... y mientras tanto una esperanza os sostiene, juega con vosotros, os hace volver el rostro, y os dice que vuestro bien se ha salvado, para que volvais á mirar llenos de alegría, y le encontréis otra vez suspendido en los aires y presto á caer en el abismo. Es el martirio mas horrible; salir de la hoguera para descansar en la nieve, y dejar la nieve para entrar en el fuego... En todo lo mas horrible es la duda.

Una tarde en que habia salido yo á entregar mi labor, encontré en la calle á D. Estéban que me detuvo, é informado de mi situacion, me propuso remediarla si queria ser su querida.—Caballero, viene Vd. equivocado sin duda, le dije, y creia Vd. hablar á otra.—Ciertamente, dijo Don Estéban, creia hablar á una jóven razonable. Dentro de pocos dias lo serás, porque tendrás que elegir entre mi amor ó la muerte.

—Puedo responder ahora.

—No, dentro de ocho dias, cuando las privaciones positivas te hayan librado de ideas romancescas.

Seguí andando, y entré en el almacen en que me daban labor; pero D. Estéban me siguió é hizo una gran compra, asegurando que seria parroquiano si no me daban mas trabajo. El tendero convino, y no queriendo por orgullo rogar delante de D. Estéban, volví á mi casa con el poco dinero que de la labor pasada habia recogido, y que apenas alcanzaba para dar á mi madre una medicina.

Al otro dia salí muy de mañana para buscar trabajo; pero á poco distancia encontré á un criado de D. Estéban que daba la misma orden de su amo en todas las tiendas en que entraba yo. Tan horrible situacion me hizo olvidar todas mis antiguas ideas: mil veces pensé en ma-

tarme; pero ¿podria dejar morir á mi madre? Y el solo camino que me quedaba para salvarla era la deshonra! Y mi madre cada dia estaba peor. Dos dias pasamos en esta horrible situacion; dos dias en que no pude dar á mi madre ni un pedazo de pan... ¡á mi madre anciana y enferma! Al tercero mi madre trémula, desencajada, con los labios cárdenos y los ojos hundidos, se agitaba convulsiva sobre su lecho exclamando: ¡pan! ¡pan!

—Pan! quereis pan! la dije delirante tambien; pues le tendreis; y me lancé á la calle; corrí á casa de D. Estéban, llamé, y entré.

D. Estéban se presentó á recibirme con el gozo de la victoria.—Ya sabia yo que vendrias, me dijo.

—Sí, respondí, he venido á decirte que soy tuya, y caí sin sentido sobre la alfombra.

Dos horas despues volvía á mi casa pálida, temblorosa y llevando en la mano un pan y un bolsillo lleno de oro. Abri la puerta. Todo estaba en silencio... Las ventanas entornadas impedían el paso á la luz... Llamé á mi madre con voz sorda y temerosa... nadie respondió...

Acerquéme á la cama... mi madre estaba allí; pero no dormia porque tenia los ojos abiertos y clavados en el techo... La volví á llamar, y no me respondió tampoco... A impulso entonces de un horrible pensamiento me detuve... escuché si la oia respirar; pero no oí nada... Acerquéme á la cama resueltamente, miré á mi madre con atencion, la cogí la mano, y lancé un grito desesperado... ¡Mi madre, por quien acababa de hacer tan horrible sacrificio... estaba muerta!

X.

Matilde se detuvo al llegar aquí, ahogada por las lágrimas, y permaneció algunos momentos con el pañuelo en los ojos y sollozando. Eugenio sentia tambien en el pecho una opresion, una angustia desconocida para él. Sus nervios temblaban, y sus ojos estaban húmedos. Matilde le habia producido el efecto que la perla de nuestros teatros, la Teodora Lamadrid, produce en los espectadores cuando arranca de su pecho uno de los gritos que hacen vibrar las fibras sensibles de todos los corazones, y que prueban el genio de una artista. La voz de Matilde era una de esas voces ductiles y blandas que se pliegan á todos los sentimientos, y ella habia prodigado sus tesoros en esta escena. La ilusion era tal, que Eugenio hubiera jurado en aquel momento sobre los Evangelios la verdad de aquella relacion, y llegando á este punto hacerle creer lo demás era obra solamente digna del ingenio de un niño. Matilde prosiguió: Cerca de nuestra casa vivia una señora viuda y rica llamada Doña Josefa, cuya caridad, aunque ejercitada en secreto, llegó á ser conocida de todos, porque la virtud es como la violeta, que aunque se oculta modestamente entre sus hojas, es conocida por el aroma que derrama en torno suyo. Llegaba al término de su juventud; pero á pesar de la calma de su rostro, se notaba en él cierto tinte melancólico, el sello de un pensamiento constante y doloroso que interesaba vivamente á cuantos la miraban. Sus negras pupilas, resplandecientes en un globo de blanco azulado, revelaban las comprimidas pasiones de su corazon; su lánguida sonrisa hacia sospechar un mundo de esperanzas perdidas y de ilusiones evaporadas, como los fantasmas que finge la niebla, como las imágenes que delinea el sueño. Su vida pasada estaba cubierta por la impenetrable nube del misterio, y sus recuerdos, dulces ó tristes, sus desengaños, ó quizá sus remordimientos, porque ellos tambien pueden hacer á una mujer virtuosa, eran conocidos solo de ella misma y no los confiaba jamás. Su vida era quizá una de tantas como al parecer corren tranquilas, pero bajo cuya aparente calma se ocultan todos los tormentos del infierno; vidas horribles, cuya apariencia es un sarcasmo, que causan envidia á la multitud, pero que si algun poeta intentase pintarlas, no encontraria en su paleta tintes bastante oscuros y dolorosos para hacerlo.

Esta señora supo mi desgraciada situacion, y compadecida me hizo llevar á su casa, donde me prodigó los mas tiernos cuidados; y gracias á su solicitud, recobré el uso de mis sentidos.

—Loado sea Dios! dijo al verme abrir los ojos, ya está salvada.

—¡Ah! exclamé recobrando la memoria de mis pesares, ¿por qué no he cesado de sentir? Los cuidados de Vd., señora, son muy crueles para mí, pues me arrancan de los brazos de la muerte, y en ellos solo podia encontrar reposo.

—¡Morir tan jóven! me dijo con dulce compasion.

—¿Y qué me puede traer la vida? Está seca y ajada para mi como una flor cuyo cáliz ha roído un insecto venenoso; ya para mí no hay esperanza, y cualquiera cosa que me traiga el porvenir debe de ser un tormento. ¿Cree Vd. que tal existencia sea digna de conservarse?

No me respondió; pero inclinó la cabeza sobre su pecho, y cuando la levantó despues de algunos instantes, vi la huella de una lágrima, aun mal enjuta, en su morena mejilla. Quizá sin saberlo tocaba yo en la fibra dolorosa de su corazon, y sus dolores se habian agitado dentro de ella como el cieno de las aguas al parecer tranquilas en que un-

niño arroja una piedra. Luego me dijo con su voz de ángel estas sencillas pero sublimes palabras:

—Aun puede Vd. esperar el placer de hacer bien, y quien sabe hacerlo no puede ser desgraciado.

Permanecí varios días en el lecho, y mi protectora constantemente sentada á mi cabecera, con una solicitud maternal, me procuró al mismo tiempo la salud del cuerpo y la quietud del alma, en la cual residía mi verdadera enfermedad. Sus dulces palabras me enseñaron la resignación, esa calma de la desesperación que ella poseía, y que si es menos violenta que el delirio, no por eso es menos dolorosa. Ella afirmó la fe de mis creencias que las desgracias habían quebrantado, y oyendo sus celestiales palabras dignas de una santa mártir, me hizo comprender que la religión de los que padecen es el cristianismo. Su ascetismo es el escepticismo de los ateos, con la única diferencia de que en él respaldase la imagen de un Dios misericordioso y le ilumina un rayo de esperanza. Los unos miran la vida como un tormento eterno, los otros como el camino de la felicidad. Recordando aquel tiempo, he comprendido que aun cuando la sagrada religión no fuera mas que un sueño dorado, no debería de quitarse á los hombres sino cuando la desgracia se hubiera desterrado de la tierra. ¿A qué desengañar á quien un engaño hace feliz, cuando no se le puede dar otra cosa mejor que su engaño?

Cuando al fin las fuerzas de mi juventud triunfaron de la muerte, y mis pesares se calmaron algun tanto, mi bienhechora para distraerme quiso apartarme de aquellos lugares en que herían mis ojos tantos recuerdos dolorosos, y me trajo á Lisboa.

—Señora, la decía yo, me cuida Vd. con tanto amor como pudiera hacerlo mi madre.

—La naturaleza no me ha dado hijos, me respondía, y he adoptado á todos los que padecen.

¡Ah! poco tiempo pude gozar de sus bondades: apenas llegamos á Lisboa murió de un aneurisma que llevaba en el corazón mucho tiempo hacia. Su muerte fué digna de su vida, y hasta su semblante aparecía mas embellecido con la espresion de paz y felicidad que respaldase en los cadáveres de los bienaventurados. El ángel de Dios vino á anunciarla que había llegado su última hora, y ella le siguió sonriendo. Yo quedé abandonada y sumergida en un dolor sin limites, pues acababa de perder á mi segunda madre, y el mundo me parecía vacío. Su recuerdo quedó tan firmemente grabado en mi memoria, que en mis horas de soledad y meditación, cuando me trasportaba en alas del pensamiento al mundo ideal del misticismo, al mundo de la poesía cristiana, cuyo camino me había enseñado mi protectora derramando en mis ojos una luz celeste para que pudiesen ver los misterios de aquella region, en estas horas de calma y religiosa quietud, creía verla y oír su voz dulcísima pronunciando palabras evangélicas. Su imagen llena aun mis sueños por la noche, y su recuerdo mi pensamiento por el día. Algunas veces me alaban por el bien que hago; pero estas alabanzas, las muestras de agradecimiento de los desgraciados que socorro, me causan rubor porque no las merezco; al hacer el bien no hago mas que cumplir las órdenes de mi segunda madre. Ella me dejó encomendada su fortuna después de haberme enseñado que los ricos son los administradores de los bienes de los pobres. ¿No era esto ordenarme la caridad? ¿No era deber mío hacer con las riquezas que heredaba lo que hubiera hecho con ellas su antigua poseedora? Además el hacer bien era mi único placer.

Por este tiempo un dolor aun mas terrible que los anteriores vino á herir las partes mas delicadas de mi corazón. Julian, ese jóven de quien ha hablado á Vd. D. Martin, se enamoró de mí, ó al menos pareció enamorarse, y supo comportarse con tal arte, que llegué á corresponderle. El amor en la situación en que yo me hallaba, era el mayor tormento que me podía herir, porque era un amor sin esperanza. Yo no podía dar á un hombre mi deshonra en pago de su fe. Era incapaz de engañarle, y nunca hubiera aceptado la mano de un hombre que supiera mi desgracia; pues si algun día después de estinguido el fuego de la pasión, que se estingue tanto mas pronto, cuanto con mayor fuerza arde, le hubiera visto triste, su tristeza me hubiera parecido hija del remordimiento de tenerme por esposa, y este pensamiento seria insuportable para mí. Por eso traté de evitar su vista, de quitarle toda esperanza; pero todo fué en vano, y su amor avivado por mis desdenes, me puso en tal estado, que en un momento de delirio le abrí mi corazón, y le confíé mi secreto, participándole al mismo tiempo la determinación que había tomado de no pertenecer á nadie jamás. El se arrojó á mis pies, y con las muestras de la pasión mas acendrada intentó hacerme cambiar de propósito. Puso en juego todos los recursos de su imaginación rica de poesía para convencerme sin conseguirlo.

—¿Que importa eso para mí? exclamaba; Vd. es pura, pura como un ángel, porque la verdadera pureza consiste en el corazón; pero aunque no fuera así; aunque Vd. tuviera un pasado horrible, ¿qué me importaría con tal de que me amase? Mi amor la purificaría.

Para un hombre vulgar es bello deleitarse con el primer aroma del

amor de una mujer hermosa, porque su orgullo se satisface viendo crecer y abrirse la flor de un corazón que sus miradas han vivificado. Él completa la obra de Dios en aquella creación imperfecta, y con un rayo del sol mas brillante que corona el mundo, da vida y movimiento á aquella estatua como un nuevo Prometeo. Aquella mujer le es deudora de su alma, y desde el momento en que ama, todos sus movimientos, dulces ó dolorosos, pertenecen de derecho al hombre que enseñándola á amar la enseñó á sentir. Pero para el alma de un poeta es aun mas apreciable la conquista de un corazón corrompido que por su amor se purifica y diviniza. Lo primero es hacer un ángel de una mujer; lo segundo es hacer un ángel de un demonio. La mujer que como la Magdalena derrama sobre nuestros pies los preciosos aromas y los ricos bálsamos que adquirió con su vida de escándalo, y los enjuga con su cabellera que formaba en otro tiempo su vanidad, nos da una prueba de que nos prefiere al mundo entero después de haberle conocido; mientras la doncella no elige, sino que recibe el amante que la ofrece la casualidad. Nuestro amor descolora y aja la corona de blancas flores con que se adorna la inocencia, y teje una nueva corona aun mas bella para la frente de la mujer perdida, la corona del rubor. En la virgen llegamos á ocupar un corazón vacío que la naturaleza la mandaba llenar, y la mujer perdida desaloja de su corazón para darnos lugar en él. Poseemos la una por orden de la naturaleza; para poseer la otra tenemos que luchar con la naturaleza y vencerla. Pero Vd. no es así, proseguía, Vd. es la mas santa de las mujeres, y ese mismo pundonor manifiesta la pureza de su alma. Si yo algun día me olvidase de ello, seria el mas vil de los hombres.

Estos discursos me conmovían, pero no lograron jamás apartarme de mi propósito.—Un solo medio tengo, le decía, de considerarme digna del amor de un hombre, y este es el no pagar ningun amor.

Intentó entonces variar de táctica y darme celos para ver si ellos lograban lo que no podían sus rendimientos. Empezó á darme enojos con Enriqueta y hacerla la corte de modo que yo lo supiese; y si bien me causaba un dolor profundo, supe ocultarlo de tal modo, que le hice perder todas sus esperanzas. Entonces, ya sea porque el corazón no está nunca tan dispuesto á una pasión nueva como cuando las reliquias de otra humean aun en su fondo, ó ya porque el afecto que me tenía no fuera realmente amor, sino el natural, deseo de la juventud que ofrece sus tesoros de amor en las aras del primer ídolo que divisa y le concede á quien mas pronto le acoge, lo cierto es que se enamoró de Enriqueta, y ella mas amante ó menos tímida que yo correspondió á sus amores.

Don Pedro era celoso por naturaleza y educación. El matrimonio era para él un tormento eterno que compartía con su esposa, aunque en honor de la verdad debo decir que se reserva la mayor parte. Le conozco casi desde mi venida á Lisboa, y muchas veces me ha confiado sus pesares causándome compasión. La sombra pues de este hombre era una inquietud eterna para los dos amantes, que trataron de evitarla huyendo á un país extranjero.

Yo no sabía nada, cuando una noche se presentaron en mi casa Julian y su querida. Julian me confió su secreto, y me pidió que le tuviese en mi cuarto mientras él prevenía lo necesario para el viaje. Quise oponerme, pero me contestó:

—Poseo tu secreto, y tu honor está entre mis manos: si no me obedeces, te pierdo.

En esto llamaron á la puerta, y se presentó D. Pedro, que había seguido á su adúltera esposa y á su infame cómplice. Venía furioso como un tigre, y sin detenerse en ningun respeto ni consideración alguna, se lanzó sobre Julian, y se trabó entre los dos una lucha terrible. Enriqueta se desmayó, y yo comencé á dar grandes voces pidiendo socorro y tratando en vano de separar á los combatientes.

(Continuará.)

EL VASO DE MADERA.

Un buen anciano había casado á su hijo único, y para que tuviese mas comodidades le había dado cuanto poseía.

—Hijos míos, decía á su hijo y esposa, hé aquí cuanto poseo: tomadlo para ayudaros en vuestro comercio y atender á vuestros negocios: yo ya no tengo fuerza para trabajar, y este dinero me seria inútil. No tengo necesidades, y en los pocos días que me quedan de vida me basta un pedazo de pan con tranquilidad: pues bien, ambas cosas las tendré si quereis darme un sitio en vuestra mesa y otro en vuestro hogar, y moriré contento.

Al hablar así el buen anciano se le caían las lágrimas, y tendió los brazos á sus hijos, que se arrojaron en ellos llorando.

—Sí, padre mío, le dijo el hijo, siempre vivireis con nosotros.

—Sí, continuó la esposa, jamás os separareis de nosotros, y nos disputaremos la dicha de servirlos; él os servirá de guía cuando salgais de paseo; y entre tanto yo prepararé vuestra comida: por la no-

che os leerá la *Biblia* y los libros que mas os gusten, y yo dispondré vuestro lecho. ¡Qué dichosos seremos en vivir los tres juntos, siempre contentos el uno del otro, siempre de acuerdo!

El anciano, al escuchar tan dulces palabras, estrechó con doble ternura á sus hijos contra su corazón: entonces se mezclaron sus votos en un inefable concierto en que se confundían los juramentos mas sagrados y las mas santas promesas.

En los primeros años nada vino á turbar la union tan piadosamente jurada. El marido estaba siempre ocupándose de su padre, y la mujer parecía engolfada como él los primeros días en los cuidados que prodigaba al anciano. Nada habia hecho aun entibiar el fuego que les hacia mirar como una felicidad lo que luego mirarian quizá como un deber, y mas tarde como un trabajo.

Al fin de los tres años tuvieron un hijo, y nadie le recibió con mas alegría que el anciano, que tenia, segun decia, una dicha mas en la familia.

Los abuelos quieren tanto á sus nietos! La debilidad de los ancianos cercanos al sepulcro simpatiza tanto con la de los seres inocentes que acaban de nacer; hay una inteligencia tan íntima entre la vejez y la infancia, estas dos edades que reflejan del mismo modo, y que son, por decirlo así, como la aurora y el crepúsculo de la existencia.

El abuelo quería pues á su nieto; su mayor felicidad era tenerle en sus brazos, mecerle para que se durmiera, y espiar sus dulces sonrisas al despertarse. Si fué feliz en su vida, fué el día en que puso en manos del niño el primer juguete, el día en que le oyó tartamudear la primera palabra. Entonces fueron indecibles sus trasportes de alegría. El buen anciano iba contando por todas partes lo que le hacia tan feliz; era necesario que especificase á todo el mundo las gracias del chiquitín, y que recitase á cuantos entraban en casa las palabras que le habia entendido: si, decia él con acento de triunfo, bien distintamente le oí balbucear.



Y él se pasmaba de ver que todos no participaban de su alegría, y que entre los vecinos se encontraban algunos que, testigos de su alegría, parecían compadecerla, y se retiraban de él volviendo desdenosamente la cabeza.

Y es que los buenos vecinos cuya conducta sorprendió tanto al abuelo, habían reparado en la familia desde el día del nacimiento del niño un cambio que no habia él advertido, absorto por el único pensamiento de su nueva dicha. No faltó alguna comadre que peroró largamente sobre cierta variación en la conducta de la mujer para con el padre de su marido.

—Verdaderamente, decia la una, ya que vemos el principio, ¿qué veremos al fin? Pobre buen hombre, qué abandonado está desde que ese chiquillo ha venido al mundo!

—Aun, replicaba otra, es dichoso y le quiere; al menos así distraído con las gracias infantiles no ve el abandono en que yace. Dios quiera que permanezca mucho tiempo en su error y no se aperciba ja-

mas de la indiferencia con que sus hijos empiezan á pagar sus bondades.

Lo que decian era verdad. La jóven madre, como lo repetian los vecinos, habia trasformado de repente su ternura; de la inmensa parte de amor que daba á su hijo no la quedaba nada para el abuelo; su corazón no era bastante grande para encerrar con el gran cariño maternal una pequeña parte de su antigua amistad filial. El pobre abuelo estaba sacrificado. Bien pronto olvidó la jóven madre sus servicios; su venerable título fué desconocido, y él mismo llegó á ser una carga incómoda.

El marido, á quien sus negocios tenian fuera de casa escepto las horas de comer, no se inquietaba de los cuidados que reclamaba la vejez de su padre; tan distraído estaba con las gracias del hijo. Por la noche, en lugar de hacer como antes al anciano una piadosa lectura y preparar su corazón á la oración, cogia al niño sobre su rodilla y se pasaba las horas en hacerle reir y bailar. Y entonces únicamente sentia el buen viejo apoderarse la tristeza de su alma; separarle del niño á quien tanto quería, era hacerle sentir todo el dolor de su aislamiento.

Mas tarde, cuando el niño fué grande y tuvo bastante fuerza para correr y jugar con los de la vecindad, el anciano se quedó cada vez mas solo y desconsolado; su felicidad se escapaba cada vez que su nieto pasaba por delante del dintel de la casa; y como su nuera, que se habia olvidado tan pronto de los cuidados que antes le prodigaba, no venia á consolarle en su abandono; no le quedaba mas que meditar solo, lleno de tristeza, sobre los disgustos de su mucha edad. Entonces, absorbiéndose su imaginación en sus tristes pensamientos, se puso á pensar en que los vecinos habian mas de una vez hablado en secreto delante de él, y poco á poco se vino á convencer que mas de una verdad enojosa para él era objeto de su murmuración.

—Si, decia en su interior dando un suspiro, mi hijo y su mujer no son tan buenos conmigo: apenas veo, y ni el uno ni el otro me tienden su brazo para sostenerme y guiarme: me dejan andar á tientas en mi soledad. Estoy sordo y se impacientan cuando no les oigo y les contesto al instante: quizá, añadió con el acento de la mas profunda tristeza, se rían de mis males y se burlen de mí cuando no pueda verles ni oírles.

Con este último pensamiento que la indiferencia de sus hijos justificaba demasiado, el anciano se sintió agobiado; lloró su pobre vejez como compadeciéndose él mismo, creyéndose un objeto de burla para su familia. Cuando llegó la hora de comer, le dominaba aun este pensamiento cruel; de modo que se sentó á la mesa temblando. Decia en su interior que todos sus movimientos eran espiados para criticarlos: y entonces sus manos temblaban mas, el temor de cometer una torpeza que sirviese de pretexto á burlas irónicas daba á sus movimientos, demasiado pesados por la debilidad de la edad, una incomodidad y una torpeza inusitadas. La cuchara vacilaba entre sus manos como si estuviera convulsivamente agitado por un estremecimiento nervioso: cada vez que la llevaba á sus labios dejaba caer sin advertirlo un poco de caldo que se extendía sobre el mantel. La jóven se lo advirtió, y el anciano, á pesar de su poca vista, la vió espresar su disgusto con un gesto de desprecio. Entonces se levantó, y con los ojos preñados de lágrimas cogió su asiento entre sus temblorosas manos y fué á sentarse en el rincón mas oscuro.

Y el hijo no volvió á llamar al padre á la mesa de familia.

Pero el nieto, que habia visto llorar á su abuelo, fué á sentarse á su lado, y poniéndole sus manecitas sobre las rodillas, miró largo tiempo con dolorosa sorpresa verter lágrimas al pobre anciano.

En seguida dijo para sí: «Cuando lleguemos á ser viejos, muy viejos, ¿se castiga á los abuelos como si fuesen niños?»

Y este pensamiento preocupó todo el día al niño. Al día siguiente el anciano se sentó como la víspera en un rincón cuando llegó la hora de comer, y tuvo sobre sus rodillas el plato que contenia su comida. Pero sus manos, cada vez mas trémulas, aun cuando quisieron sostener el plato fueron demasiado débiles, y cayó al suelo haciéndose pedazos.

Entonces se enfadó la mujer, y el hijo no pudo contener un movimiento de impaciencia. El abuelo oyó los gritos de la nuera, y vió el gesto de despecho de su hijo y dió un gran suspiro.

Al otro día cuando volvió á colocarse en su oscuro rincón, sobre el banco que le servia de asiento, vió que habian puesto sobre él una cazuela de madera con lo que debia comer.

La cogió porque tenia hambre, y sin embargo, cuando su mano quiso llevar la comida á los labios, volvió á caer sin fuerza y no pudo continuar: gruesas lágrimas caían de sus ojos, y se quedó abismado en un pensamiento triste y profundo. Le sacó de él una manecita que tocaba la suya, y una vocecita que le hablaba.

Era su nieto, que empujándose sobre las puntitas de los pies para coger la cazuela que el anciano tenia sobre las rodillas, le decia con su dulce voz:

—Abuelo, ¿es de madera el plato en que te han puesto la comida?
El pobre hombre no tuvo fuerza para hablar, y contestó al niño con un triste movimiento de cabeza.

Algunos días después, como el padre y la madre estuviesen en la mesa y el abuelo siempre triste continuase en su rincón, el niño se divertía en tirar por el suelo pedacitos de madera.

—¿Qué haces? le preguntó el padre.

El niño levantó su bonita cabeza, y fijando sobre su padre sus hermosos ojos azules en que brillaba una mirada inteligente:



—Trabajo, le dijo; estoy haciendo una cazuela para que coman papá y mamá cuando yo sea grande.

Los dos esposos se miraron un momento y echaron a llorar: el hijo se levantó, cogió á su padre de la mano, y volvió á colocarle en la mesa de la familia. Desde entonces ocupó en ella su sitio, y volvió á ser el objeto de sus mas tiernos cuidados; y cuando acaecía que dejaba caer alguna cosa sobre el mantel, no oyó ni murmullos ni voces.

EN EL ALBUM DE MATILDE DIEZ.

Del pobre Manzanares
las ondas vergonzosas
dejé, Matilde, sin temor ni pena,
por vivir entre rosas y azahares,
y azahares y rosas
coger del Betis en la orilla amena.

Al débil estro mio
inspiracion y culto
arranca todo aquí. Timbres de gloria,
harapos del hispano poderío,
son á la vista insulto,
pero deleite y gozo á la memoria.

Aquí del rey valiente
que solo de traidores
al golpe se rindió, pedazos hecho,
no hay voz que no murmure eternamente

la fama y los amores,
la desventura y el heroico pecho.

Aquí de la matrona
sin par, que vió Granada
un nuevo mundo darle por hermano;
aquí del genovés que á su corona
lo engarzó, cual preciada
perla á otra perla, artista soberano;

Aquí del que á la angélica
mansion su frente ungida
con el óleo real, y rica en gloria
llevó á brillar entre la corte célica,
que ciñe en otra vida
alto laurel de la mayor victoria;

Aquí fama y loores
en eternal concento
dicen templos, escombros y ruinas;
de gloria es el aroma de estas flores,
gloria—murmura el viento,
y—gloria—estas corrientes cristalinas.

Pero en asombro mudo
y tal vez á los ojos
lágrimas fugitivas asomando,
los tristes restos del monarca rudo
contemp'lo, y los despojos
de Isabel, de Colon y San Fernando.

Corona enrojecida
nunca en mi sien yo vea,
ni en nar de sangre en mis ensueños bogue.
¡Gloria fatal! si gloria es luz y vida,
¿cómo el mortal desea
gloria que en sangre y en horror le ahogue?

Gloria, Matilde, santa
es la gloria del arte
que nunca hierros, palmas tremolando,
corazones latir bajo su planta
mira, y con ellos parte
del estro inspirador el fuego blando.

Su soplo vagaroso
entre las brisas puras
que borda en perlas el morisco río,
vino á bañar mi rostro sudoroso,
présago de venturas,
de inefable placer al pecho mio.

Busco en mi afán el cielo;
el infinito ambiente
con mis miradas ávidas desgarró;
eras, Matilde, tú; tú, que ya el vuelo
tendías dulcemente
al mundo de Colon y de Pizarro.

El alma se dilata;
trocada en almo fuego
la negra luz del pensamiento brilla;
y á compás de las ondas de oro y plata
dije tu nombre luego
y á don Pedro olvidé y á la Padilla.

Pero ¡serás tan breve
á mis ojos encanto
como de breves son vientos y lonas?
¡Solo tu canto deleitarme debe,
como inseguro canto
de ave de paso que se va á otras zonas?
¡Ah! ¡La patria intercede
por mí! Torna á esta parte
donde la gloria y el laurel se cría;
gloria despilfarrar España puede;
pero el laurel del arte
queda místico sin ti, Matilde mia.

Sevilla 30 de marzo de 1853.

V. BARRANTES.

SOLUCION DEL JEROGLIFICO PUBLICADO EN EL NÚMERO 40.

El fusil es un enemigo de dos caras.

Director y propietario, D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO É ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra.